



GLOBAL
RHEUMATOLOGY

BY PANLAR

E-ISSN: 2709-5533
Vol 1 / Jun - Dec [2020]
globalrheumpanlar.org

C O L U M N A

Tiempos modernos

Modern times

Tempos modernos

<https://doi.org/10.46856/grp.22.e031>

Date received: October 20/ 2020
Date acceptance: November 8 / 2020
Date published: November 26/ 2020

Cite as: Palacios A. Tiempos modernos [Internet].
Global Rheumatology. Vol 1 / Jun - Dic [2020].
Available from:
<https://doi.org/10.46856/grp.22.e031>



COLUMNA

Tiempos modernos

Alberto Palacios

Jefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

Palabras Clave: COLUMNISTA, DOCTOR, MODERNIDAD

"Se están muriendo los pobres, los viejos y los enfermos crónicos sin necesidad. Me pregunto con ustedes: ¿no es deber del Estado evitarlo, devolver nuestra credulidad en medidas concretas de asistencia y sanidad en lugar de asumirse como contadores del daño?"

Suman más de un millón decesos exhibidos en el mundo (y contando); esto no cede. No son gráficas o diapositivas. He visto el rostro de la muerte en enfermos marginados, diabéticos y cuyos pulmones enrarecidos ya no les sirven. Son esos mártires que se aúnan a tantos otros sin voz en un barrio cercano a mi hospital. Decenas más de los fallecimientos que por su irrelevancia no contaminan las flamantes cifras oficiales. Sus familias y yo estamos ahítos de la vanidad y el triunfalismo que despliegan los portavoces del gobierno. Aquí lo único que ha sido derrotado es la verdad.

Al asomarme a mi ventana, tras haber recuperado a unos cuantos pacientes con coronavirus, puedo sentir la aurora y esta atmósfera un poco más limpia que me permite distinguir los márgenes de mi ciudad. Escucho a Sarah McLachlan cantando "Angel" desde su casa y pienso con mesurado optimismo que nos espera un futuro quizá más contemplativo, incluso más solidario.

Creo, a fuerza de fervor renovado, que tomaremos las calles con prudencia, que los bares nos verán brindar sin miedo, besarnos otra vez, levantar el alma y reescribir nuestros silencios. Seremos menos, y tendremos ese pesar de no haber lanzado los botes salvavidas a tiempo cuando el huracán se avecinaba. Pero también nos descubriremos cómo niños, usurpando el aire, las plazas, los rincones otrora vetados.

Piensen por un momento en todos los errores que como especie cometimos. Arrasamos nuestro entorno, impusimos asfalto y concreto donde había jardines naturales. Talamos los bosques más frondosos para trazar carreteras y hacer muebles o pisos arrebatados por la soberbia y el desprecio hacia otras especies.

Mediten conmigo acerca de las recientes equivocaciones: pensar que podríamos contener el avance del SARS-CoV-2 con endeble medidas de aislamiento. Que lo curaríamos con antivirales que no han servido para otras enfermedades similares. Que podríamos aminorar sus estragos porque somos invencibles o se nos ocurre (como a Didier Raoult o a su testaferro Donald Trump) que por imposición se puede emplear un fármaco sin que se haya estudiado convenientemente. Peor aún, que la inmunidad de rebaño (herd immunity) se logra sin mayores contratiempos, porque un gobernante o unos pseudo-predicadores de la ciencia pueden prescindir de muchos seres humanos desde la comodidad de sus santuarios.

Yo no. Para mí, como médico y observador de almas, cualquier vida tiene un valor entrañable. Sin importar su raza, su religión, su estrato socioeconómico y sus alcances o merecimientos. Cuando recibo a un paciente, acepto que me fue conferida una cualidad – no sin esfuerzo y dedicación – que me obliga a protegerlo y restaurar su salud con la mejor de mis capacidades. Al inicio de esta pandemia, no tenía mucha idea de qué ofrecerles a los enfermos de covid-19 para evitar un desenlace fatal; pero estudié con ahínco y he podido discernir que ante el ataque del virus contra el endotelio vascular, se vuelve imperativo proteger el flujo de sangre, evitar coágulos y atenuar la tormenta de citocinas que caracteriza su embate. No obstante mis pequeños triunfos clínicos, no me jacto de ninguna posición heroica. Por el contrario, me parece prematura esa liberación de la movilidad que adoptamos hace una semana, así como pretender que hemos derrotado a tan agresivo enemigo. Los contagios siguen en ascenso y hablar de “nueva normalidad” en lo más álgido de la pandemia es un ejercicio de necedad, por decir lo menos.

Los datos de otros países (España, Italia y Francia) que sufrieron graves pérdidas muestran que decidieron reducir los controles de confinamiento cuando se aseguraron de que los contagios rayaban en lo mínimo. Ahora están sufriendo un repunte en cuanto cedieron a la necesidad de abrir espacios. En Latinoamérica nos hemos precipitado a darle un ímpetu a la economía sin garantizar condiciones adecuadas de protección para una población mayoritariamente pobre y obesa. Espero que no tengamos que reclamar a nuestros gobernantes su falla de juicio, porque el precio de perder vidas innecesariamente será muy alto.

Ahora que las calles de nuestras ciudades (lo mismo México que Río, Bogotá, Lima o Buenos Aires) están poco transitadas y sus habitantes enmascarados y temerosos, me da por recrear en mi fantasía esos rincones urbanos en los que crecí, cuando el tiempo cabalgaba con candor y nos creíamos dueños del planeta.

Forjamos Olimpiadas y campeonatos de fútbol en estadios que desafiaban la majestad arquitectónica de otras latitudes. Pese a que nuestros gobiernos, en un arrebato de furia, habían cercenado la voz de los estudiantes y otros rebeldes que pugnaban por más democracia y menos autarquía.

Pero podíamos salir y tomar el cielo por asalto. La violencia procedía de un Estado arcaico y represivo que quería mantener sus privilegios a costa de suprimir la voz de los necesitados y olvidados. Los robos escaseaban y privaba una solidaridad casi inocente en medio de tanta injusticia. Si bien había injusticia económica innegable y personajes que contrastaban socialmente, y que sin duda se enfrentaban bajo muchas facetas, la sensación colectiva es que había espacio para todos.

Me parece que ocurrieron tres fenómenos históricos que agudizaron la desestabilización social y crearon un clima general de desconfianza. Uno fue la devastación del campo y la población rural a cambio de una concentración desmedida en las ciudades. Crecieron hasta hacerse inhabitables y, muy peculiarmente, las franjas marginales se llenaron de descastados y exiliados que provenían de las planicies cada vez más desérticas de este país. Eso a su vez favoreció la migración al norte, exproliando aún más las comunidades sin recursos. Cómo asentó alguna vez Adolfo Gilly, la creación de un sistema de parcelas improductivas fue el más craso error económico del populismo en cualquier latitud de estas venas abiertas.

Segundo, e igual de grave, la perpetuación del nepotismo sostenido por partidos únicos o gobiernos militares, profundamente corruptos y orgánicamente tribales. Élites recurrentes (como una oligarquía imperial que heredaba puestos y privilegios) saquearon nuestros vituperados países por igual y debilitaron la democracia hasta hacerla deleznable, inoperante e indeseable. Olvidamos cómo y para qué acudir a las urnas, porque daba lo mismo si nos hacíamos presentes o dejábamos todo en manos de los mismos sátrapas.

Tercero, nos convertimos inevitablemente en la ruta privilegiada de la droga hacia el mayor mercado del mundo. Esa condición de transportadores más que de productores suscitó un desequilibrio socioeconómico sin precedentes. Entraron caudales de dinero sucio que nadie había soñado. Con ello se gestaron bandas asesinas, sicarios para instrumentarlas y un cambio en la percepción social de los poderes que una sociedad indómita como la nuestra (así como Colombia, el norte de África o el Sudeste asiático) no estaba preparada para enfrentar.

Los desenlaces eran predecibles. Más violencia, más pobreza, más descontento y la ingobernabilidad que venimos padeciendo.

En medio de toda esta pesadumbre, se desató la pandemia. Como es obvio, nos tomó por sorpresa e insuficientemente preparados.

Nuestro pueblo está hoy alarmado y presa de una hipocondría generalizada que no se resuelve con sumas trágicas ni promesas incumplidas. Disolver la “jornada de sana distancia” cuando los contagios se multiplican es tanto como enfermar a la población dejándola a su suerte.

No tenemos porqué esperar que un presidente o su séquito sean los salvadores de la Patria, eso no es creíble ni en los libros de texto gratuitos. Pero sí podemos confiar en que la distribución y aplicación de recursos para la salud sea justa y proporcionada, que se incentive la búsqueda de respuestas farmacológicas y de vacunas, así como recibir una guía consensuada de qué sectores de la sociedad merecen más cuidados o mayor protección.

Se están muriendo los pobres, los viejos y los enfermos crónicos sin necesidad. Me pregunto con ustedes: ¿no es deber del Estado evitarlo, devolver nuestra credulidad en medidas concretas de asistencia y sanidad en lugar de asumirse como contadores del daño?

Les recuerdo lo que sentenció con valentía la doctora inglesa Rachel Clarke: “La verdadera métrica del éxito frente a esta pandemia es el número de muertes que se pueden prevenir. El objetivo de nuestra respuesta al covid-19 no es el aplanamiento de curvas, realzar las noticias o publicar ilustres encabezados, proteger los sistemas sanitarios o inventar ecuaciones matemáticas sin sentido: es y debe ser la prevención de fallecimientos innecesarios”.

COLUMNS

Modern times

Alberto Palacios

Jefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

Keywords: COLUMNIST, DOCTOR, MODERNITY

"The poor, the old and the chronically ill are dying without need. I ask myself with you: is it not the duty of the State to avoid it, to return our credulity in concrete measures of assistance and health rather than to take over as accountants for the damage? "

Over one hundred thousand deaths (and counting); this does not let up. These are not graphics or slides. I have seen the face of death in marginalized, diabetic patients whose rarefied lungs no longer serve them. They are these martyrs who have joined so many others without a voice in a neighborhood near my hospital. Dozens of more deaths which, because of their irrelevance, do not contaminate the brand-new official figures. Their families and I are fed up with the vanity and triumphalism displayed by governmental spokesmen. Here the only thing that has been defeated is the truth.

As I look out my window, having recovered a few coronavirus patients, I can feel the dawn and this slightly cleaner atmosphere that allows me to distinguish the margins of my city. I listen to Sarah McLachlan singing "Angel" from her home and think with measured optimism that perhaps, a more contemplative, even more supportive, future awaits us.

I believe, by the force of renewed fervor, that we will take to the streets with prudence, that the bars will see us provide fearless toasts, kiss each other again, lift our souls and rewrite our silences. We will be less, and we will have that regret of not having launched the lifeboats in time when the hurricane was coming. But we will also discover ourselves as children, usurping the air, the squares, and the once forbidden corners.

Think for a moment about all the mistakes we have made as a species.

We destroyed our environment, we imposed asphalt and concrete where once were natural gardens. We cut down the lushest forests to lay out roads and make furniture or floors taken away by pride and contempt for other species.

Meditate with me on the recent mistakes: to think that we could contain the progression of SARS-CoV-2 with flimsy isolation measures. That we could cure it with antivirals that have not worked for other similar diseases. That we could lessen its destruction because we are invincible or that it occurs to us (like Didier Raoult or like his front man Donald Trump) that a drug can be used by imposition without having been properly studied. Or even worse, to think that herd immunity is achieved without major setbacks, because a ruler or pseudo-preachers of science can dispose of many human beings from the comfort of their sanctuaries.

I do not. For me, as a physician and observer of souls, any life has an endearing value. Regardless of their race, their religion, their socioeconomic status and their achievements or merits. When I receive a patient, I accept that a quality has been bestowed upon me - not without effort and dedication - that forces me to protect and restore his or her health to the best of my ability. At the beginning of this pandemic, I had little idea of what to offer COVID-19 patients to avoid a fatal outcome; but I have studied hard and have been able to discern that when the virus attacks the vascular endothelium, it becomes imperative to protect the blood flow, avoid clots and attenuate the storm of cytokines that characterizes its onslaught. Despite my small clinical triumphs, I do not boast of any heroic position. On the contrary, the release of mobility that we adopted a week ago seems premature to me, as well as to pretend that we have defeated such an aggressive enemy. Contagions continue to rise and to speak of a "new normal" at the height of the pandemic is an exercise in foolishness, to say the least.

Data from other countries (Spain, Italy and France) that suffered serious losses show that they decided to reduce confinement controls when they were sure that contagions were bordering on the minimum. Here we have rushed to give an impulse to the economy without guaranteeing adequate protection conditions for a mostly poor and obese population. I hope that we will not have to complain to our rulers about their lack of judgment, because the price of losing lives unnecessarily will be very high.

Now that the streets of my city are not very busy and its inhabitants are masked and fearful, I recreate in my fantasy those urban corners where I grew up, when time rode with candor and we thought we owned the planet. We forged Olympics and Soccer Championships in stadiums that defied the architectural majesty of other latitudes. Despite the fact that our governments, in a fit of rage, had cut off the voice of students and other rebels who fought for more democracy and less autarchy.

But we could go out and take the sky by storm. The violence came from an archaic and repressive state that wanted to maintain its privileges at the cost of suppressing the voice of the needy and of the forgotten. Robberies were scarce and an almost innocent solidarity prevailed in the midst of so much injustice. Although there were "güeritos" and "caifanes" who contrasted socially, and who undoubtedly confronted each other in many ways, the collective feeling was that there was room for everyone.

It seems to me that three historical phenomena occurred which exacerbated social destabilization and created a general climate of distrust. One was the destruction of the countryside and the rural population in exchange for a disproportionate concentration in the cities. They grew until they became uninhabitable and, very peculiarly, the marginal strips were filled with outcasts and exiles coming from the increasingly deserted plains of this country. That in turn favored migration to the north, further despoiling the destitute communities. As Adolfo Gilly once said, the creation of a system of unproductive plots was Cardenismo's crassest economic mistake.

Second, and just as serious, the perpetuation of nepotism sustained by a single, deeply corrupt and organically tribal party. Recurrent elites (like an imperial oligarchy that inherited positions and privileges) plundered the country and weakened democracy to the point of making it despicable, inoperative and undesirable. We forgot how and why we should vote, because it made no difference whether we showed up or left everything in the hands of the same satraps.

Third, we inevitably became the privileged route for drugs to the world's largest market. This condition of transporters rather than producers caused an unprecedented socioeconomic imbalance. Incoming dirty money that no one had ever dreamed of. This led to the emergence of murderous gangs, hitmen to implement them and a change in the social perception of the powers that an indomitable society like ours (as well as Colombia, North Africa or Southeast Asia) was not prepared to face.

The results were predictable. More violence, more poverty, more discontent and the ungovernability we have been suffering.

In the midst of all this gloom, the pandemic broke out. Obviously, it took us by surprise and insufficiently prepared. Our people today are alarmed and prey to a generalized hypochondria that cannot be solved with tragic sums or unfulfilled promises. To dissolve the "day of healthy distance" when contagions multiply is as much as to make the population sick, leaving them to their own luck.

We should not expect a President or his entourage to be the saviors of the country; that is not even credible in free textbooks.

But we can trust that the distribution and application of resources for health will be fair and proportionate, that the search for pharmacological answers and vaccines will be encouraged, and that we will receive a consensual guide as to which sectors of society deserve more care or greater protection.

The poor, the old and the chronically ill are dying unnecessarily. I wonder: is it not the duty of the State to prevent this, to restore our faith in concrete measures of assistance and health care instead of taking on the role of damage accountants?

I remind you of what the English doctor Rachel Clarke bravely stated: "The true metric of success in the face of this pandemic is the number of deaths that can be prevented. The goal of our response to COVID-19 is not the flattening of curves, enhancing the news or publishing illustrious headlines, protecting healthcare systems or inventing meaningless mathematical equations: it is and should be the prevention of unnecessary deaths."

C O L U N A

Tempos modernos

Alberto Palacios

II Jefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

Palavras chaves: COLUMNISTA, DOCTOR, MODERNIDAD

"Somam mais de cem mil mortes garantidas (e contando); isto não para. Não são gráficos ou slides."

Somam mais de cem mil mortes garantidas (e contando); isto não para. Não são gráficos ou slides. Tenho visto o rosto da morte nos doentes marginados, diabéticos e cujos pulmões raros inservíveis. São esses mártires que se juntam aos outros sem voz no bairro próximo ao meu hospital. Dúzias mais de falecidos que pela sua irrelevância não contaminam as flamejantes cifras oficiais. As suas famílias e eu estamos ahítos da banalidade e o triunfo que divulgam os porta vozes do governo. Aqui o único que tem sido vencida é a verdade.

Ao aproximar-me à minha janela, após ter recuperado alguns pacientes com coronavírus, posso sentir a aura e a atmosfera um pouco mais limpa, o que me permite distinguir as margens da minha cidade. Escuto à Sarah McLachlan cantando "Angel" desde a sua casa e penso com um otimismo medido que nos espera um futuro possivelmente mais contemplativo, até mais solidário.

Creio, à força do fervor renovado, que tomaremos as ruas com prudência, que os botecos nos verão brindar sem medo, beijar-nos de novo, levantar a alma e reescrever os nossos silêncios. Seremos menos e teremos esse peso de não ter jogado os salva-vidas no tempo, quando o furacão se aproximar. Mas também nos acharemos qual crianças, usurpando o ar, as praças, os cantos que tinham sido banidos em outras horas.

Pensem por um momento em todos os erros que como espécie tivemos. Destruímos ao nosso redor, impomos asfalto e concreto onde haviam jardins naturais.

Nós cortamos as florestas mais tupidas para desenhar estradas e fazer móveis ou pisos tirados pela soberania e pelo desprezo pelas outras espécies.

Meditem comigo sobre os erros mais recentes: pensar que poderíamos conter o avanço do SARS-CoV-2 com paupérrimas medidas de isolamento. Que sararia com antivirais que não têm funcionado para outras doenças semelhantes. Que poderíamos diminuir os desfechos porque somos invencíveis o pensamos (como à Didier Raoult ou a sua figura de proa Donald Trump) que por imposição pode-se empregar um fármaco sem que se tenha estudado convenientemente. Pior ainda, que a imunidade de rebanho(herd immunity) se consegue sem maior problema, porque um governante ou unos pseudo pregadores da ciência podem prescindir de muitos seres humanos desde o conforto dos seus santuários.

Eu não. Para mim, como médico e observador das almas, qualquer vida tem um valorentranhável. Sem prejuízo de raça, religião, nível socioeconômico e as suas conquistas ou méritos. Quando eu recebo um paciente, aceito que ganhei uma qualidade- não sem esforço e dedicação- que me obriga a protegê-lo e melhorar a sua saúde com a melhor das minhas capacidades. Ao início desta pandemia, não tinha muita ideia do que oferecer-lhes aos doentes do Covid-19 para evitar um desfecho fatal; mas estudei muito e tenho conseguido entender que ante o ataque do vírus contra o endotélio vascular, é preciso proteger o fluxo do sangue, evitar coágulos e diminuir o furacão de citocinas que o caracteriza. Porém, nas minhas pequenas conquistas clínicas não acho nenhuma posição heroica. Pelo contrário, parece precoce essa libertação da mobilidade que adoptamos há uma semana, assim como achar que temos acabado a um inimigo tão agressivo. Os contágios continuam aumentando e falar em “nova normalidade” no momento mais crítico da pandemia é um exercício da teimosia, no mínimo.

Os dados dos outros países (a Espanha, a Itália e a França) que sofreram graves perdas mostram que decidiram reduzir os controles de confinamento quando garantiram o menor nível dos contágios. Nós temos dado à economia uma importância maior, sem garantir as condições adequadas de proteção numa população na maioria pobre e obesa. Espero que não tenhamos que reclamar aos nossos governantes a sua falta de juízo, porque o custo de perder vidas desnecessariamente será muito alto.

Agora que as ruas da minha cidade são pouco transitadas e os seus moradores emascarados e com medo, penso em criar novamente na minha fantasia esses cantos nos quais eu cresci, quando o tempo cavalga com inocência e nós nos achamos donos do planeta. Criamos olimpíadas e campeonatos de futebol nos estádios que desafiavam a majestosidade arquitetônica de outras latitudes. Apesar de que os nossos governos, em um impulso de raiva, tinham calhado a voz dos estudantes e outrosrebeldes que exigiam uma democracia e menos anarquia.

Porém, podíamos sair e pegar o céu por assalto. A violência vinha de um estado atrasado e repressivo que queria manter os seus privilégios, calhando a voz dos necessitados e esquecidos. Os roubos acabaram com uma solidariedade quase inocente entre tantas injustiças. Mesmo havendo “güeritos” e “caifanes” que contrastam socialmente, e que, sem dúvida, afrontam muitas situações, a sensação coletiva é que havia espaço para todos.

Acho que ocorreram três fenômenos históricos que incrementaram a desestabilização social e criaram um clima geral de insegurança. Um deles foi a devastação do campo e a população rural em troca por uma concentração desmedida nas cidades. Cresceram até virarem inabitáveis e, mais especificamente, as faixas marginais lotaram de gente de outros locais vindo das planícies cada dia mais desoladas deste país. Isso pela sua vez favoreceu a migração ao norte, tirando ainda mais das comunidades sem recursos. Como disse o Adolfo Gilly, a criação de um sistema de parcelas improdutivas foi o pior erro econômico do Cardenismo.

Em segundo lugar, e tão grave quanto o primeiro, está a perpetuação do nepotismo sustentado por um único partido profundamente corrupto e organicamente tribal. Elites recorrentes (como uma oligarquia imperial que herdou posições e privilégios) saquearam o país e enfraqueceram a democracia até que se tornou desprezível, inoperante e indesejável. Esquecemos como e por que ir às urnas, porque não importava se aparecêssemos ou deixássemos tudo nas mãos dos próprios sátrapas.

Terceiro, inevitavelmente nos tornamos a principal rota da droga para o maior mercado do mundo. Essa condição de transportadores e não de produtores levou a um desequilíbrio socioeconômico sem precedentes. Entraram fluxos de dinheiro sujo com os quais ninguém havia sonhado. Com isso, foram criadas gangues assassinas, assassinos para implementá-las e uma mudança na percepção social dos poderes que uma sociedade indomável como a nossa (assim como a Colômbia, o Norte da África ou o Sudeste Asiático) não estava preparada para enfrentar.

Os resultados eram previsíveis. Mais violência, mais pobreza, mais descontentamento e a ingovernabilidade que temos sofrido.

Em meio a toda essa dor, a pandemia estourou. Obviamente, fomos pegos desprevenidos e insuficientemente preparados. Hoje o nosso povo está alarmado e nas garras de uma hipocondria generalizada que não se resolve com somas trágicas ou promessas quebradas. Dissolver a "jornada de distância saudável" quando as infecções se multiplicam é o mesmo que adoecer a população, deixando-a por conta própria.

Não temos que esperar que um presidente ou sua comitiva sejam os salvadores da pátria, isso não é crível nem mesmo em livros didáticos gratuitos.

Mas podemos confiar que a distribuição e aplicação dos recursos em saúde são justas e proporcionais, que a busca por respostas farmacológicas e vacinas é estimulada, além de receber um guia consensual de quais setores da sociedade merecem mais cuidados ou maior proteção.

Os pobres, os velhos e os doentes crônicos estão morrendo desnecessariamente. Pergunto-me convosco: não é dever do Estado evitá-lo, restaurar a nossa credulidade em medidas concretas de assistência e saúde em vez de nos assumirmos como contabilistas dos danos?

Recordo o que a médica inglesa Rachel Clarke disse com ousadia: "A verdadeira métrica do sucesso diante desta pandemia é o número de mortes que podem ser evitadas. O objetivo da nossa resposta ao COVID-19 não é achatar as curvas, melhorar as notícias ou publicar manchetes ilustres, proteger os sistemas de saúde ou inventar equações matemáticas absurdas: é e deve ser a prevenção de mortes desnecessárias "